



IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

.....
DALIA RUIZ ÁVILA, *CUÉNTAME TU VIDA. COMPENDIO DE DISCURSOS AUTOBIOGRÁFICOS*,
Universidad Pedagógica Nacional, México, 2001, 283 pp. (Colección Textos 22), ISBN
970-702-019-9.

.....
POR REBECA BARRIGA VILLANUEVA
El Colegio de México

Desde su sugerente título, este libro atrae la atención. El juego que se establece en él reta nuestra capacidad lúdica y despierta curiosidad por saber a quién se dirige el imperativo y quiénes son los constructores de esos discursos autobiográficos.* A lo largo del libro, se irá descubriendo su identidad, construida al hilo de sus narraciones. Son los habitantes de Bécál, un pueblecito de Campeche, en México. Humildes tejedores de frías y oscuras cuevas que, con un aparentemente simple “Cuéntame tu vida”, hacen brotar, al tiempo del tejer pausado, el cúmulo de recuerdos personales. Palabras hechas vida que, entramadas con los duros hilos de la paja y con otras vidas que circundan sus historias, construyen a los becaleños y a su identidad colectiva, precisamente ésa, la que los unifica y les da coherencia, la de tejedores de sombreros de jipi y wano. Polifonía de voces que se expanden por las avenidas que abre Bécál desde el propio significado de su nombre “camino de agua”.

Cuéntame tu vida es un libro sencillo en su estructura; complejo y versátil, más bien, en su contenido, emanado de una larga investigación doctoral en antropología social que realizó Dalia Ruiz en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Cuatro partes lo conforman. La primera es un breve y sustancioso prólogo de Margarita Nolasco. Fina descripción de antropóloga experta que ha sabido leer —y guiar, en su momento— con sensibilidad y agudeza hacia los múltiples significados que entre líneas se entrelazan en el texto de los testimonios personales. La segunda parte es una introducción muy académica y con mucho de poesía evocadora también, donde la autora hace la exposición de los dos motivos de su libro: “mostrar testimonios de sujetos sin voz en los que las hebras,

* Agradezco a mi hijo, el psicólogo Arturo Peón los sugerentes comentarios que me hizo en torno al valor psicoanalítico del discurso.

los hilos, del presente activo se enredan con los del tejido pasado y se cruzan y entrelazan para delinear el futuro; y (...) exponer elementos de reflexión acerca de la construcción del dato en el campo de las ciencias del lenguaje" (p. 12). En este apartado, el más académico, podríamos decir, se encuentran las explicaciones y las decisiones teóricas metodológicas de la autora, que le dieron cuerpo y estructura a la investigación subyacente: *Tejiendo discursos se tejen sombreros, identidad y práctica discursiva*; se habla también de la meticulosa construcción del corpus cuyo objetivo era atrapar de manera genuina y fidedigna el fluir espontáneo del recuerdo; un corpus recogido con sencilla creatividad pero dentro de los parámetros de un riguroso método antropológico y etnográfico que lo hicieron confiable, para ser recortado posteriormente desde muchos ángulos del conocimiento humanístico y social:

Para el conocimiento del pueblo, el acercamiento al grupo social de los tejedores y la recuperación de los discursos, se realizaron seis periodos de trabajo de campo de aproximadamente un mes cada uno. A partir del tercer periodo se inició la grabación [...] todo ellos tejedores. Hombres y mujeres de tres generaciones, con diferente nivel educativo y lengua materna [...] Los sujetos no fueron seleccionados al azar [...] Ser becaleño es un orgullo ostensible de los nacidos en esta villa; detectado este hecho se les informó a algunos sujetos que la investigadora tenía gran interés en el conocimiento de la historia de su pueblo [...] que la memoria colectiva sería la fuente primordial para suscitar el encuentro del tiempo pasado [...] Estas sesiones de trabajo son muy formales, por lo tanto el discurso también lo es, no se trata de una conversación cotidiana, es una sesión que responde a un plan... (pp. 15, 21-22).

Se menciona ahí la difícil tarea de la transcripción, por cierto, problema y reto del trabajo que se enfrenta con el discurso oral (éste, de los becaleños, además con visos de bilingüismo por la sutil presencia del maya) lleno de marcas significativas: pausas, silencios, gestos, en el que cualquier decisión del estudioso marca el destino de la interpretación de los datos, pues si no se reconocen los rasgos intrínsecos de la oralidad se diluyen en la escritura y ya no significan lo mismo. La tercera parte —médula del libro— representa la esencia del discurso autobiográfico cuya naturaleza es inherentemente compleja y llena de intersticios. El testimonio personal es atrapado por la autora en un interesante juego de espejos y palabras en los que el yo abre fisuras donde caben los otros, que finalmente serán palma también que se teje y se entreteje con la interpretación de las imágenes y signos que Bécal lanza en su discurso. Quince relatos autobiográficos forman esta parte, todos precedidos por una descripción de:

La casa es de paja con paredes de pak 'lu lum (mezcla de lodo y zacate) no tiene piso, drenaje ni agua entubada [...] la cocina-comedor es una especie de tinglado, no tiene

paredes, en ella está el fogón de leña; algunas ollas, cubos muy tiznados y maltratados [...] de los postes que sirven de soporte al techo cuelgan algunas bolsas, sombreros usados y trapos (p. 59).

La descripción de la cueva húmeda, el vaivén de la hamaca, la rudimentaria cocina o la entrada de la casa en banquito de paja junto con las preguntas de la autora —artesanalmente construidas— para lograr el objetivo último: “Bala, qué te parece, yo quiero que me cuentes tu vida...” (p. 61) son el escenario idóneo para la narración, el fluir de la memoria, de los saberes, de los sentires y de las argumentaciones que dan forma al destino ya vivido, que se vive y que se ha de vivir.

Por último, la cuarta sección del libro está destinada a un pequeño epílogo donde juegan la ética y la imaginación, lugares espinosos donde no hay aún respuestas contundentes en las ciencias sociales. Aquí, Dalia Ruiz aclara otros motivos, los de sus omisiones conscientes con los becaleños, que se ignoran personajes de este libro, y también los de las estrategias para proteger su identidad —*leiv motif* de su investigación— con nombres ficticios Sano, Regio, Irda, Guda, Bala, que paradójicamente ellos mismos reconstruyen en su relato. La identidad becaleña brota por todo el libro cohesionada entre los diminutos espacios de la palma que vertebró su vida al que igual da forma a los abanicos, aretes y sobre todo sombreros, los sombreros que le confieren sentido a una tradición heredada de padre a hijos y que constituye la esencia de su ser: cuando no se puede seguir, siempre estará el tejido:

Viví aquí en Béal, aquí nací y desde chiquitita, creo que yo tendría unos doce años, cuando mi mamá me enseñó a tejer y hasta ahorita sigo tejiendo [...] Yo soy la única mujer. Aquí estudié, terminé la primaria, entré en la secundaria, quise seguir estudiando y no se pudo y hasta ahorita quiero seguir estudiando y no se puede. Me gusta tejer, de verdad sí me gusta, me gustaría hasta aprender lo de *jipi*, eso me gusta no sólo el *chan po*. De este (levanta su tejido) el de dos, casi no me gusta, sólo *tsa hit*, *tsa hit* (tejer wano) sé... (p. 61).

Las quince voces de *Cuéntame tu vida*: hombres, casi niños, hombres ya muy viejos, mujeres en la plenitud y ancianas que presienten la muerte, le dan dinamismo especial al libro, pues compendian experiencia humana vital que se ha construido en el devenir del tiempo. Entre Bala de 17 años, la más joven, y Peila, la más vieja de 93, se oye el habla de estos discursos. Deben leerse dejándose oír para que muestren las palabras con las que se tejen las identidades fracturadas —como muchas de nuestros campesinos e indígenas—, los humanos motores de sus vidas: amor, dolor, engaño, pobreza, entrelazados con las humanas promesas de esperanza: educación, escuela y progreso.

Escojo de una siega difícil (todos los discursos aquí son importantes) un pequeño fragmento de las remembranzas de Vano, el más viejo de los hombres autobiografiados, sólo como muestra de lo que el lector puede encontrar en estas páginas, que generosamente la autora pone al servicio de la mirada de los otros. Discursos, todos, convertidos en imágenes lanzadas para la interpretación múltiple:

Eso de la escuela queda para los ricos. Un señor pobre no necesitaba estudio, trabajo; enseña a sus hijos a trabajar. Bueno, esa época dicen, es época de esclavitud. Porque allá en 1910 o nueve, cuando empezó la revuelta [...] ahora no, así es la vida, ahora ya los hijos del campesino con trabajo cortan la hierba. Pura escuela, mucho profesor, muchos médicos [...] 'tá bien, México ya progresó mucho. Bueno, yo de mi parte así lo veo, hasta el camino está bonito, de antes 'tá bien lóbrego (marca con sus manos una altura como de medio metro) no hay electricidad como hoy, 'tá anegado las calles, nomás ganado lo ves en la calle, cochinos [...] encharcado está la calle [...] yo fui maestro de tejido de sombrero [...] Ya estoy viejo, mi esposa ya va quince años que se murió, el 27 de febrero de 1981 se murió mi esposa [...] Así es, ya estoy envejeciendo (p. 224).

Dalia Ruiz cumplió con creces sus objetivos, devolvió la palabra a los becaleños y construyó datos para una y fascinante compleja interdisciplinaria que se hace necesaria para interpretar los discursos autobiográficos que ella recoge preñados de riqueza histórica, social, cultural, lingüística, psicoanalítica, antropológica, semiótica, que de ahí emerge. Bécál atrapa por la fuerza de los discursos que ahí alberga. Las quince autobiografías están esperando ser atravesadas desde muchas perspectivas y con nuevas voces. He ahí una de las virtudes de este libro, su generosidad para abrir un diálogo multifacético, crítico, analítico con interlocutores varios sobre una de esas realidades conmovedoras y desconocidas que abundan en México y que claman por ser conocidas y asumidas a partir de su difusión en un trabajo académico sólido.

Para terminar y seguir bordando sobre la riqueza del discurso autobiográfico, quisiera citar un fragmento del poema "Piedra de Sol" de Octavio Paz, cuya esencia es precisamente ese construirse entre el yo, el otro en un *nosotros* que se da en el discurso autobiográfico de los becaleños, tejedores perennes de sombreros, cuya imagen fue recogida con sensibilidad por Dalia Ruiz y ahora nos es lanzada a nosotros para una nueva reconstrucción del discurso.

Nunca la vida es nuestra, es de los otros,
 la vida no es de nadie, todos somos
 la vida—pan de sol para los otros,
 los otros todos que nosotros somos,

soy otro cuando soy, los actos míos son
más míos si son también de todos,
para que pueda ser he de ser otro, salir de mí,
buscarme entre los otros, los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia, no soy, no hay yo,
siempre somos nosotros, la vida es otra,
siempre allá más lejos, fuera de ti, de mí,
siempre horizonte, vida que nos desvive y enajena,
que nos inserta un rostro y los desgasta, hambre de ser,
¡oh muerte!, pan de todos.